

RELIGIÓN E IDENTIDAD NACIONAL DE ESPAÑA

José María García Gómez-Heras
Catedrático de la Universidad de Salamanca

RESUMEN:

El artículo, elaborado a partir de la conferencia pronunciada por el autor el 18 de febrero de 2014, analiza el problema de las relaciones entre la religión católica y la nación española. A través de un seguimiento histórico de las interacciones entre ambas, propone una "identidad narrativa", concepto acuñado por P. Ricoeur, como fórmula adecuada para tipificar aquella relación.

ABSTRACT:

The article, remade from a speech pronounced by the author on February 18th 2014, analyzes the problem of the relationship between the catholic religion and the Spanish nation. Through the tracing of historical interactions between them, he proposes the "narrative identity", concept coined by P. Ricoeur, as the appropriate formula to categorise the relationship.

PALABRAS CLAVE: *religión, identidad, nación, conciencia nacional, identidad del yo.*

KEYWORDS: *religion, identity, nation, national consciousness, self identity.*

1.- ¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO USAMOS LAS PALABRAS "RELIGIÓN, NACIÓN E IDENTIDAD"?

Cuando hablamos utilizamos palabras. Son los instrumentos del diálogo y de la comunicación. Con ellas construimos mundos de significación y sentido, edificios de lenguaje, a la manera como hace el albañil cuando construye una casa con ladrillos, o como diría Wittgenstein, el filósofo más citado del siglo XX, practicamos *juegos de lenguaje*. Pero las palabras son organismos vivos que nacen, adquieren un significado, sus funciones se desempeñan en campos semánticos, tienen familia, se encuadran en tramas de lenguaje diferentes, tienen éxito y fracaso, se ponen de moda e incluso se olvidan. En

todo caso, cuando usamos palabras, en el diálogo o en la escritura, se precisa clarificar que significado las atribuimos en el juego de lenguaje que practicamos. Los viejos manuales al uso en la docencia solían iniciar sus temas con el clásico *explicatio terminorum*. Explicación de las palabras que utilizaban en la disertación.

En nuestro discurso presente tienen protagonismo tres palabras clave: *religión, identidad y nación*. Es cortesía imprescindible en ese caso, precisar su significado para aclarar que pretendo decir cuando las uso. Y empiezo por la primera: *religión*. Tras ella se cobijan significados que remiten a uno de los fenómenos más geniales de la cultura humana, vinculado al mundo simbólico que el hombre crea pronto en

su génesis evolutiva y que se documenta en todos los pueblos y civilizaciones. Sobre la religión la literatura, el arte, la filosofía y la teología han llenado desde antiguo bibliotecas y espacios ciudadanos. Para nosotros aquí, religión tiene un significado preciso: conjunto de convicciones que articulan una visión del mundo y confieren un sentido a la existencia de un individuo o de una colectividad. Sobre tales convicciones se fundamenta un proyecto de vida que se despliega en creencias, valores, normas, usos y costumbres. Peculiar del fenómeno religioso es que su mundo se vincula a la esfera de lo *sagrado y trascendente*, originando un sistema sociocultural que vincula a sus seguidores en el saber y en el obrar. Así se entienden a sí mismas religiones como el cristianismo, el judaísmo, el islamismo, por citar solamente a las que nos son familiares en Occidente.

La segunda palabra, *identidad* goza tanto de noble pedigrí como de abundante uso cotidiano. Es el abstracto de un adjetivo latino: *idem*, que significa *lo idéntico*, lo igual a sí mismo. La identidad establece una relación entre dos factores, algo con algo, alguien con alguien, que carecen de diferencias y se homologan en los modos de ser y actuar. Remarca matices como la unidad, la uniformidad, la equivalencia y la coherencia de algo consigo mismo, desplegándose en señas de identidad, rasgos de carácter y homogeneidad de conductas¹. Sobre todo cuando la identidad es entendida como *simbiosis*, proyecto

común de vida de las comunidades y de los pueblos. Su uso es frecuente porque responde a la pregunta que uno mismo se hace cuando dice ¿quién soy yo? ¿Qué es lo que me define y describe mi personalidad y carácter? ¿En qué consiste aquello que constituye mi Yo y me diferencia de los otros?². *Identidad* es palabra de uso cotidiano para autenticarse ante sí mismo y ante los demás. ¿Quién no recurre a su carnet de identidad en una gestión bancaria, en un acto administrativo o en una testificación jurídica... La identidad, cuando se refiere a una persona o *identidad personal* significa lo que a lo largo de una vida permanece como *yo propio o sí mismo*, como núcleo del que irradian rasgos del pensar y obrar en un individuo. El lenguaje popular, con su excelsa sabiduría, acuñó un adagio para expresarlo: *genio y figura hasta la sepultura*. Esta cuestión de la identidad de personas e instituciones interesó desde siempre a los filósofos ya que la respuesta a la pregunta ¿quién soy? determina lo que haya de afirmarse a o negarse en sectores como el derecho, la moral o la política.

Pero aquí la palabra identidad va acompañada por otra: *nacional*, adjetivo del sustantivo *nación*. El término *nación* designa a una comunidad humana que durante un largo periodo de tiempo comparte territorio, idioma, tradiciones, valores... y que se expresa en forma de *conciencia nacional*. La idea de nación, vieja en sociología, eclosionó en el periodo romántico en conexión con la revalorización de tradiciones y leyendas y la emancipación de pueblos encuadrados largo

¹ El *Principio de identidad* goza de alto prestigio en lógica aristotélica. Ver J. HELLIN, *El principio de identidad comparada según Suárez* en "Pensamiento" 6 (1950) 435-463. A él se refiere el término *tautología*, decir lo mismo, estableciendo la igualdad de algo consigo mismo: A=A o de alguien o algo con otro A=B.

² Ver GÓMEZ-HERAS, J. Ma. Ga., *Mi yo, mi relato y mi identidad* en *Debate en bioética. Identidad del paciente y praxis médica* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2012) 279 ss.

tiempo en imperios supranacionales. Desde entonces atrae el interés de la ciencia política en cuanto factor de integración de los estados en formación. La transformación de la nación en estado implica una vertebración de la misma en sus dimensiones jurídicas, políticas, económicas y culturales. De la nación-estado forma parte esencial la autonomía y la soberanía. En la consolidación histórica de los estados europeos la nación ha asumido un carácter dramático y emotivo en cuanto reactivo contra las tendencias imperialistas y el colonialismo contemporáneo. La relevancia histórica de las identidades nacionales se puso trágicamente a prueba en episodios dramáticos como la desaparición de entidades supranacionales y plurinacionales tales como el imperio austro-húngaro o la Unión Soviética. También con la consolidación del nuevo orden mundial surgido de la descolonización de buena parte del planeta en la segunda mitad del siglo XX. La idea de nación y sus fronteras generó rivalidades fronterizas por doquier y ocasionó las dos guerras mundiales y otros conflictos locales. Aun hoy en día las naciones carentes de estructura de estado han generado y generan conflictos escabrosos en la Europa actual tal como se muestran en Francia con la Bretaña, en España con los Países Vasco y Catalán, en Irlanda con el Ulster o en el país de Gales y Escocia en Inglaterra.

2.- LA PREGUNTA POR LA IDENTIDAD DE ALGO O DE ALGUIEN

La pregunta por la identidad de algo o de alguien es cuestión relevante de la *psicología de la personalidad*. Desde aquí se

transfirió a la psicología social con la pretensión de clarificar las ideas, motivaciones, actitudes y formas de comportamiento que caracterizan el modo de ser y actuar de individuos o de grupos. La palabra *identificación*, pariente de *identidad*, se usa en la psicología para nombrar las funciones cognitivas en los procesos de construcción de la autoconciencia individual o colectiva. Freud puso de moda el concepto de identificación en la psicología de la personalidad, para significar la actitud del niño que se identifica a sí mismo con la figura y el comportamiento del padre y que de ese modo marca los rasgos peculiares de su futura personalidad. La sociología tomó en préstamo de la psicología el término de identidad para desarrollar sus teorías de los roles o funciones que se asignan a un individuo en la sociedad a la que pertenece: padre, docente, político, médico y las correspondientes competencias que se le atribuyen.

¿Qué es lo que constituye la identidad de las personas y por extensión la identidad de las naciones? ¿En qué esfera o ámbito tiene lugar tal constitución? En el ámbito de la metafísica, en donde se contempla la esencia o sustancia de la cosa, como “cosa que es lo que es” que diría Leibniz o que remarcaría nuestro Suárez con el lacónico “se es lo que se es”³. ¿En el espacio psíquico cuando se pretende descifrar la identidad del hijo con método sicoanalítico como pretendió Freud en su día⁴? ¿En la esfera de lo social mediante

³ LEIBNIZ, G.W., *Nonueaux Essais*, IV, 2 en *Philosophische Schriften*, ed. Gerhardt, 5, 343; SUÁREZ, F., *Disputationes metaphysicae* (1597), Dist. 3, s. 3, n. 4.

⁴ FREUD, S., *Traumdeutung* (1900) (*Interpretación de los sueños*), en *Werke*, vols. 2/3, pp. 154 ss.; *Das Ich und das Es* (1923) (*El Yo y lo otro*), *Ibidem*, vol. 13, pp. 256 ss.

estudio de los procesos de enculturación de los individuos en proyectos colectivos de vida como proponen los sociólogos T. Parsons y G. H. Mead⁵ o como intenta Habermas, más cercano a nosotros, mezclando historia diltheyana y comunicación lingüística, analizar cómo la identidad se despliega en forma de historia de un *mundo vivido* hecho de interacciones individuales y colectivas dentro de un marco sociocultural dotado de sentido⁶.

En el presente ensayo la cuestión de la identidad no se aborda ni en perspectiva psicológica, ni sociológica, ni metafísica sino *histórica*. Como fenómeno temporal en el que un colectivo, España, se muestra en su acontecer desarrollando proyectos de vida. Un proceso narrado por la historia en el que dos instancias: *religión y nación* interaccionan estrechamente en simbiosis profunda, desplegándose tanto en equivalencias homogéneas creadoras como en tensiones conflictivas turbadoras.

3.- LA RELIGIÓN EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD DE LAS NACIONES

El maridaje *religión-nación* es viejo en la historia de la humanidad. La identidad entre ambas se despliega en una doctrina y en una praxis compartida, en una concepción del poder, en un estilo de vida y costumbres, en un sistema jurídico, en

unas fronteras comunes, en un lenguaje... El hecho de que una religión configura la identidad de un pueblo es fenómeno que se repite a lo largo de la historia. El Yahwismo acuña la identidad de Israel bajo el lema de “pueblo elegido”. Constantino a comienzos del siglo IV frena la desintegración del Imperio romano, convirtiéndose al Cristianismo e identificando a este con el estado. La restauración del imperio por Carlomagno restaura aquella identidad religión-imperio con el “Sacro Romano Imperio”. Una idea tendrá desde entonces profundas consecuencias políticas: la *potestas* detentada por el monarca de una nación es *sagrada* porque el poder y la autoridad las otorga Dios. La religión legitima al príncipe y la religión. A su vez, se beneficia ampliamente de los favores de este. El resultado es la sacralización de la esfera del poder político. Los conflictos medievales Papa-Emperador no desvirtúan tal maridaje entre la cruz y la espada. Empresas comunes tales como las cruzadas lo confirman aunque a medida que la Edad Media declina, conflictos crecientes impulsados por la burguesía emergente van desplazando paulatinamente el poder hacia la nación representada por el monarca.

Durante la modernidad la identidad religión-estado toma cuerpo en la persona del príncipe que personaliza en un individuo la fe religiosa y la autoridad del jefe del estado. De ahí títulos que no solo honorifican sino que ante todo reflejan conceptos y usos del poder tales como “reyes católicos” para los monarcas españoles o “rey cristianísimo” para el monarca francés. La identificación religión-nación alcanza intensidad suma cuando Inglaterra proclama a Enrique VIII cabeza de la iglesia anglicana. En Centroeuro-

⁵ PARSONS, T., *The position of identity in the general theory of action* en Gordon, Ch. (ed.) *The self in social interaction* 1(1968) y MEAD, G. H., *Mind, self and society* (1963, 3a. ed.) 210 ss.

⁶ HABERMAS, J., *Teoría de Dilthey sobre la comprensión de una expresión: identidad del yo y comunicación lingüística* en *Conocimiento e interés*. Trad. de M. Jiménez y otros (Madrid, Taurus, 1982) 147 ss.

pa la identificación religión-nación adquiere una dimensión pragmática durante las guerras de religión de los siglos XVI y XVII cuando los contendientes proclaman como principio, aceptado primero en Augsburgo (1555) y sancionado posteriormente en de la paz de Westfalia, el famoso *cuius regio eius et religio*, (*de quien es la región (nación), de él es también la religión*). Con él se otorga al príncipe de un territorio el derecho de imponer su propia religión a los súbditos de su nación. De ese modo la identidad religión-nación asumía una nueva forma: la simbiosis de ambas estructuras en la persona del príncipe. De ello se seguía una consecuencia inmediata: la religión profesada por el monarca o príncipe absolutista debía de ser la religión que profesaran también sus súbditos. Con lo cual la religión asumía no solo la función de maestra de doctrina en el dogma y la moral sino también de consejera en política e incluso criterio para ordenar fronteras y estilos de vida⁷. Es por otra parte conocida la relevancia que la religión ha tenido recientemente en la identidad nacional de Polonia, Irlanda, Rusia o en el pannacionalismo islámico⁸. Y aunque el triunfo de valores como la tolerancia o la libertad hayan desvirtuado las consecuencias del maridaje religión-nación en los estados democráticos europeos no está de más recordar que existen aun hoy día estados en los que el jefe político y religioso coinciden en la misma persona, como son notorios los casos del Vaticano o el Tíbet, pero que también lo

⁷ El principio tuvo importantes consecuencias políticas al ser aplicado siguiendo el lema “donde un solo señor una sola religión”. La formula satisfizo tanto a católicos como a protestantes, al identificar las fronteras políticas de los países europeos a tenor del credo de sus príncipes, facilitando la paz religiosa.

son los reyes de Inglaterra, Dinamarca o Suecia⁹. Por no citar el sistema político instaurado en Irán por los ayatolás en el que la Sharía es proclamada norma básica de una nación-estado religioso¹⁰.

La religión cumplió en épocas la función de legitimación valiosa del poder político, legitimación blindada por la fe religiosa de una ciudadanía profundamente creyente. Si el poder del monarca procedía de Dios, su autoridad resultaba incuestionable. Existieron episodios extremos de identificación entre religión y sociedad como el protagonizado por Calvino, quien organizó la vida ciudadana con el evangelio como norma fundamental. Ginebra se convirtió en una ciudad-iglesia y simultáneamente en una iglesia-ciudad, con un rigorismo de costumbres impuestas por la voluntad de Dios¹¹. La formula teocrática “rey por la gracia de Dios” hacia las delicias de los monarcas absolutistas en la época del Barroco. Pero, quienes tenemos cierta edad recordamos que hace unas décadas el nacional-catolicismo español se sentía satisfecho con el rótulo de sus monedas corrientes: “caudillo por la gracia de Dios”. La simbiosis religión-nación funciono en múltiples campos en la etapa del *nacionalcatolicismo*: sistema educativo, orientación de costumbres, apoyos económicos, avales políticos... Pero el trueque de favores

⁹ Fueron aireados en su día por la prensa las situaciones embarazosas habidas en la familia real inglesa con ocasión de las conductas de alguno de sus miembros difícilmente conciliables con la jefatura de la Iglesia anglicana.

¹⁰ Ver GOMEZ - HERAS, J. Ma. Ga. *Un paseo por el laberinto. Sobre política y religión en el diálogo entre civilizaciones* (Madrid, Biblioteca Nueva. 2008) 132 ss.

¹¹ Es conocido que de la intolerancia calvinista en Ginebra y de su intransigencia doctrinal resultó victima el médico español Miguel Servet

recíprocos que el maridaje religión-nación aportaba no resistió la erosión del maridaje religión-estado vigente en los estados confesionales cuando las sociedades contemporáneas se tornaron ideológica y políticamente plurales. El triunfo de la libertad y tolerancia religiosas allanó el terreno a la pacífica separación Iglesia-Estado que proclamó el concilio Vaticano II.

Con todo, aunque los estados democráticos han adoptado la forma de estados aconfesionales, la religión continúa siendo elemento de cohesión social en comunidades y pueblos y se encuentra muy presente en la génesis y desarrollo de conflictos endémicos. A este propósito son paradigmáticos los conflictos entre israelitas y palestinos o el ya superado entre Irlanda y el Ulster. Hace unos lustros la simbiosis religión-nación impuso fronteras en Chipre y envenenó años después la trágica guerra de los Balcanes. De nada sirvieron los ramalazos de laicismo propagados por el comunismo del Mariscal Tito en Yugoslavia en un intento de sustituir la religión por la ideología marxista a la hora de cohesionar un estado plurinacional. Los sociólogos y políticos, ahítos de positivismo científico en sus análisis de los hechos, han olvidado un principio básico de la toma de decisiones por parte de los ciudadanos: que cada uno enjuicia y elige según sus preferencias afectivas. *Unusquisque indiat prout est affectus*, decían los antiguos. Este protagonismo de la emotividad frente a la lógica abstracta de los conceptos está siendo recientemente recuperado en ética y religión. Con ello se remarca una vez más el predominio del elemento afectivo y vivencial de la experiencia religiosa y la

dimensión emotivo-romántica del maridaje religión-nación.

4.- SER Y ACONTECER: LA NARRATIVIDAD COMO BASE DE LA IDENTIDAD

En la amplia reconstrucción de conceptos básicos de la Fenomenología, corresponde a P. Ricoeur el mérito de haber homologado los conceptos de *identidad y narratividad*¹². Ésta, la narratividad, es la forma con que se expresa la identidad y el ser de las personas y sociedades. Su función consiste en descubrir la identidad de las comunidades y de los individuos en su acontecer histórico. La identidad remite al sí mismo que se gesta a lo largo de la historia. Con ello asume Ricoeur dos estructuras de la existencia humana que habían remarcado historicistas y existencialistas (Dilthey, Heidegger): *la temporalidad y la historicidad*. La historia, que había sido para Husserl conciencia en devenir fluente, para Heidegger modo de ser del hombre en el tiempo o para Gadamer tradición eficaz en configuración del presente, adopta la forma de *narración y relato*. Estos y no la conciencia, el ser en el tiempo o la tradición autoproducida son las formas en las que la identidad se vierte en la narración. Ni que decir tiene que la identidad, en este caso, se sitúa en las antípodas de la identidad biológica racista de impronta nazi, de la identidad económica al estilo de Marx, incluso de la iden-

¹² La estructura narrativa de la vida humana constituye el tema central de P. Ricoeur en *Historia y narratividad*. Trad. de G. Aranzueque (Madrid, Paidós, 1999) y en *Temps et récit* (Paris, Ed. du Seuil, 1983). Ver también *La identidad narrativa* en la revista *Diálogo filosófico*, 24 (1992) 315-324. Comentarios en M. MACEIRAS, *La hermenéutica contemporánea* (Madrid, Cincel, 2004) 142 ss.

tividad abstracta e idealista a lo Hegel o de inspiración romántica al uso en los tradicionalismos sentimentales.

Equiparar identidad y narración implica abandonar el viejo modelo esencialista heredado de la metafísica aristotélica para definir a alguien o algo y situarnos, en conexión con el historicismo y existencialismo, en una forma mental en la que la definición de algo no se corresponde con una esencia inmutable sino con su acontecer, su historia. No *somos* esto o aquello, como testimonia el uso por doquier de los verbos griego (*eimi*) o latino (*sum*) en la forma mental esencialista. Mientras otros géneros literarios utilizados en filosofía remarcan aspectos como la racionalidad o la eficacia en cuyo caso entra en acción la lógica o la tecnología, la narratividad se interesa prioritariamente por la vida. Porque es por la identidad por lo que se pregunta al decir ¿quién soy yo? y la respuesta es obvia: *yo soy lo que te cuento en mi propio relato*. Soy lo que mi historia atestigua sobre mí. Soy lo que narra la autobiografía de las personas. Soy lo que escuchas en el relato en la historia de las naciones y pueblos. El relato en ese caso se convierte en instrumento expresivo de la identidad de quien relata.

La narratividad se sustenta sobre la temporalidad de la existencia humana. Somos tiempo que el hombre transforma en historia y cultura, convirtiendo al acontecer en tiempo *humano*. La temporalidad es soporte de la vida y el lenguaje que la expresa en la narración¹³. La narración y el relato son los géneros literarios que vinculan la vida con el tiempo y con

la historia. *Acontecemos*, por tanto, y nuestra identidad se forja en el tiempo, mediante el compromiso moral con un proyecto de vida. Es idea que han barajado tanto existencialistas como evolucionistas, al entender las cosas no como verdad inmóvil sino como organismo o proyecto en el tiempo. En nuestro asunto, la nación emerge como organismo viviente a lo largo de su historia. Nace, crece, triunfa y también puede morir. En cuyo caso su identidad se sedimenta en proyecto, historia, biografía, relato.

El *lenguaje* verbaliza el mundo vivido por la nación y el *texto* escrito lo consigna. Tanto las naciones como los individuos construyen mundos propios de vida narrables en historias, cuyos relatos verbalizan los componentes de su mundo. La fijación oral del relato se consigna en el texto: la historia escrita. El texto se convierte en depositario escrito del relato. Relato que se articula con las categorías convencionales de la narración: trama, enredo, drama, episodio, conflicto... Todo ello da origen a un peculiar *juego de lenguaje* cuyas palabras hablan del mundo que la nación construye y vive. El texto es la forma en que se fija el lenguaje narrativo, posibilitando la relación escritor-lector. El narrador no es espectador desinteresado de los hechos que narra. De la narración forma parte la autoestima que produce el respeto a sí mismo¹⁴. Con aquellos elementos en los que la narratividad se articula: lenguaje, atestación, reconocimiento...

En la narración el historiador no solo encuentra hechos sino que intenta *interpretaciones*. El relato deviene trama en la que

¹³ RICOEUR, P., *Historia y narratividad* (Barcelona, Paidós, 1999) 183.

¹⁴ RICOEUR, P., *Si mismo como otro* (Madrid, Siglo XXI, 1996) 147, 166ss., 184 ss.

los sucesos aislados forman parte de una secuencia global con lógica y verdad peculiar. Porque narrar no es solo relatar hechos. El historiador busca sentido, dejando entrar en juego a la hermenéutica. La narración introduce en su juego de lenguaje perspectivas que quieren ir más allá del recuento de hechos. A tal efecto recurre a los símbolos, las metáforas o incluso los mitos para que el relato descubra su sentido. Se trata de crear ámbitos de significado y sentido que derivan de creencias, vivencias y valores. La narración organiza sus episodios en un lapso temporal al que se asigna un sentido y finalidad y que genera un horizonte propio de interpretación. De la narración, en ese caso, entran a formar parte las motivaciones, las intenciones y las finalidades de los actores de una historia. En este caso la historia comparte escenarios con la literatura e, incluso, se hermana con ella en la novela histórica.

5.- EL RELATO SOBRE LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DE LA IDENTIDAD DE ESPAÑA

La narración aporta una definición de la nación no como esencia eterna sino como identidad en proceso. En la construcción de la identidad narrativa de España, esta actúa como objeto y sujeto de la acción narrativa. La identidad nacional se atestigua en los relatos históricos. La nación deja de ser percibida como cosa para mostrarse como organismo vivo y sujeto de su propia historia. Un sujeto al que es posible imputar la autoría de iniciativas y responsabilidades. Quienes viven en sus fronteras, la padecen o la gozan, la defienden en son patriota e incluso, como sucede con frecuencia, la critican.

La identificación narrativa se efectúa mediante autorreferencia y autoestima. Unamuno, tan vasco como español, decía “me duele España”. Porque el relato es una dimensión de la vida. Es biografía. Y del relato forma parte la autorreferencia y la autoestima. También la autocrítica aunque no las patologías autoflagelantes del sadismo o del masoquismo.

A quien otea por vez primera el horizonte sociocultural de la historia de España descubre muchas cosas que nos testimonian la identidad religión-nación. Ambas comparten creencias, valores y programas de acción. La religión en cuanto dimensión de las narraciones muestra que estas nunca son axiológicamente neutrales porque implican juicios de valores, hipótesis de intencionalidad y presuntas finalidades. El relato no se reduce a mera secuencia de hechos deshilvanados, a montón de datos. Busca el sentido y la intencionalidad que los protagonistas ponen en sus actos. La religión, a este propósito, desvela intenciones y motivaciones. Abundan en las empresas de los españoles nombres como cruzada, con participación muy activa de obispos guerreros, en simbiosis de sacralidad y guerra santa. El cardenal (Cisneros) o el monje actúan no solo de confesores sino también de consejeros políticos. La cruz y la espada presiden la escena de Colon descubriendo América. La epopeya y la leyenda se entremezclan en la imagen de Santiago Matamoros. Las costumbres sociales se pueblan de religiosidad: la procesión, la romería, las celebraciones familiares, las festividades patronales... No es por tanto de extrañar que el arte poblara a la nación española de catedrales, de monasterios-palacio (el Escorial), de lienzos con escenas religiosas, la literatura de

autos de fe. Un universo simbólico cuyas imágenes y metáforas encuentran sentido en la religión.

El acontecer y las cosas pueden ser percibidas y narradas en sus detalles, con lupa que busca la verdad objetiva del dato. Es tarea que cumple el investigador erudito y de buena ley. Los grandes del *Historicismo* acuñaron a este respecto la fórmula *historia documental* y nos legaron magníficos monumentos al respecto. Nietzsche, sin embargo, no se sintió satisfecho con la mera historia erudita y dedicó al tema la segunda de sus memorables *consideraciones extemporáneas*. Ajusta en ella cuentas con quienes reducen la historia a conocimiento muerto que no transmite vida, exigiendo que el estudio del pasado rescate símbolos e ideales para un presente mediocre y que, por ello, ha de ser historia crítica para poder romper con el pasado y a la vez comprometida para crear futuro heroico¹⁵. Nuestra intención aquí no comparte la diatriba nietzscheana contra la mera erudición. Pero recoge su idea de la historia como narración de la vida. De ahí que no se contenta con contemplar la historia de España a como la contempló la pintura historicista de finales del XIX y principios del XX, a la manera de fresco arcaizante o lienzo magno que describe la rendición de Granada o la muerte de la reina Isabel la Católica. Intenta descubrir si en tales expresiones se descubre la identidad de España como organismo vivo.

La identidad de España se forja como sedimento de su acontecer. El historiador

asume la tarea de biógrafo e intérprete de *quien sea España*. Una interpretación, quizás la más plástica, entre otras posible, es aquella en la que la religión refleja la identidad de España. Porque la *narratividad* de que nos habla P. Ricoeur no se reduce a mero recuento de hechos, cargado de erudición documental. El historiador exige ensartarlos en eslabones de continuidad en donde los hechos, además de suceder, acontecen con un determinado sentido, encarnando aquello que Herder llamaba espíritu de los pueblos, en donde Hegel encontraba la objetivación del Espíritu y Von Savigny establecía el principio explicativo del derecho. Fue idea que obtuvo amplio agrado y complacencia entre los románticos. Narración y sentido de la narración son dimensiones de un acontecer que no es amorfo. Tiene significado y sentido. Así las cosas, releo una reconstrucción de la historia de España como identidad entre religión y nación. Vienen entonces a la memoria una serie de episodios en los que los componentes narrativos reflejan la identidad de España como una nación religiosa.

No es tesis personal, se reduce a mera hipótesis o sospecha: España careció de nacionalidad dentro del Impero Romano y tanto más la España disgregada de los pueblos bárbaros¹⁶. Aunque a inicios del s. IV el concilio de Elvira atestigua una implantación fuerte del cristianismo, ya que los obispos dan por supuesto la convivencia entre cristianos, judíos y paganos. Los bárbaros invasores no modifican la situación. Los hispano-romanos católicos conviven con arrianos y judíos. Las cosas

¹⁵ *Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben (Sobre la utilidad e inconvenientes de los estudios históricos para la vida)* (1873) en *Werke in drei Bänden*. Ed. K. Schlechta (Munich, Hanser V., 1966) pp. 209 ss.

¹⁶ Existen testimonios sólidos a favor de la presencia misionera de S. Pablo en España y tradiciones más débilmente documentadas sobre la venida del Apóstol Santiago.

cambian en el concilio de Toledo cuando Recaredo se convierte al catolicismo. Pudo existir mucho de fe aceptada y de conversión sincera. Y ello es prueba de nobleza. Pero al político tampoco se le escaparía que tras la aceptación de la ortodoxia había una fuerza espiritual que potenciaría la cohesión nacional. Se pasaba de la dispersión de los pueblos bárbaros a la unidad de la nación en forma de estado cristiano. La razón de estado planeaba sobre la identidad religión-nación. La unidad de la nación resta blindada por la religión. Los celebres concilio de Toledo se encargarían de mostrarlo.

La invasión musulmana no solo destruye la nación hispana, arrastra también consigo a la identidad religión-nación. Su recuperación asumiría rasgos de epopeya cuando tras la invasión musulmana los reinos cristianos se embarcan en la reconquista, con escasos vínculos como nación pero identificables y reforzados por una misma religión. La reconquista transcurre como conflicto político-religioso de dos pueblos con religiones rivales. Lo cual supuso el choque entre dos identidades religiosas: la cristiana y la islámica. Por eso para los primeros fue entendida como cruzada contra el infiel y por los segundos como guerra santa. Fueron tiempos de altibajos en la gestación de la identidad de España como nación. En las luchas entre los reinos cristianos del norte carecía de relevancia una religiosidad que compartían. Esta, incluso, mantuvo su impulso identitario en el Camino de Santiago en cuanto poder unificador de reinos. La religión, en cambio, les aporta rasgos comunes de identidad en la lucha contra el moro. La reconquista potenció y confirió un sentido peculiar a la identidad religión-sociedad, con la

aparición del obispo guerrero y del señor feudal obispo.

El relato de España como nación pudo haber acontecido por otros derroteros, pero la identidad religión-nación marcó los grandes hitos de nuestra historia durante la modernidad. La simbiosis entre religión y nación en España adquiere niveles estructurales durante el reinado de los Reyes Católicos. Este calificativo para Isabel de Castilla y Fernando de Aragón no se reducía a mero título y tratamiento retórico. Aludía a una nueva situación narrativa de España con rasgos sustantivos profundos. La religión entra a formar parte de la *razón de estado*. Nación y religión se coimplican. Se llegan a intercambiar funciones en el ejercicio del poder. Los reyes nombran obispos y estos actúan no solo como guerreros sino también como consejeros políticos. Conquistada Granada (1492), la unidad se imponía como categoría política. La nación española se configuraba como estado moderno con aquellos rasgos propios del mismo: unidad y soberanía. Pero la unidad de la nación exige unidad de religión. Problema central constituiría la religión en política interior, sin embargo, puesto que al identificarse religión y nación, esta debería ser estado confesional con una consecuencia trágica. La exclusión del mismo de aquellos colectivos que como judíos o moriscos no profesaban la fe del estado y por lo mismo se convertían en factores desestabilizadores de la unidad nacional. En modo algunos se descarta que existieran otros intereses espurios y egoísmos mezquinos en la expulsión de los judíos o en la finalización de la reconquista. Pero desde la lógica teológica y jurídica fundamentada sobre la identidad religión-nación lo acontecido en ambos

casos gozaba de plena coherencia. La misma Inquisición aparecía justificada al desempeñar la función de instancia estabilizadora de la fe y del poder político. En la Europa tardo medieval los episodios que sucedieron en los usos y abusos políticos de la Inquisición, cuando las ideas de tolerancia y libertad de conciencia aun no se vislumbraban en el horizonte de la historia, mostraron que la identificación entre religión y nación, actitud común en la Europa tardomedieval, exigía la unidad religiosa como presupuesto de la unidad nacional.

La entronización de los Habsburgo con Carlos I (V) embarcó a España en una aventura histórica donde la identidad religión-nación proyecta luces y sombras. España se ve avocada a liderar los conflictos religiosos acarreados por la Reforma protestante. En el caso de España aquella simbiosis condujo en Europa a los episodios trágicos de las guerras de religión del Barroco. Felipe II se convierte en líder de la defensa del catolicismo. Mientras, en el interior, la Inquisición se encarga de garantizar la pureza de la ortodoxia examinando conversos falsos y expulsando moriscos. Al convertirse el catolicismo en ideología religiosa del imperio, los monarcas españoles asumieron el rol de *defensores fidei orthodoxae* en Europa, desembocando en las guerras de religión del barroco de las que España salió malparada. Aquella identidad, por el contrario, actuó de madre fecunda de un Siglo de Oro y de un Barroco cultural en los que la literatura, el arte, la mística o el derecho convierten a España en protagonista de Europa. Contemporáneamente la colonización de América fue sin duda empresa política e incluso aventura económica pero aun más proceso de en-

culturación religiosa de los nuevos pueblos. La identidad religión-nación se muestra a plena luz en la colonización. Misión y conquista van de la mano. De ello dan testimonio no solo las catedrales, las universidades y el lenguaje sino también los usos y costumbres del mestizaje. La simbiosis religión-estado se tradujo en el par misionero-conquistador.

Todo cambio o pérdida de identidad conlleva trauma y tragedia. También la sucede a la nación española. Aunque la llegada de la dinastía de los Borbones no cuestionó la simbiosis religión-nación, si descompensó equilibrios al bascular el poder del lado del monarca absoluto. Los reyes españoles aceptan la moda vigente en Europa: practicar el *Regalismo* mediante la injerencia del monarca en asuntos concernientes a la Iglesia, tales como el nombramiento de los obispos. Con ello la religión se convierte en Iglesia de Estado. No obstante las luces de la razón exaltadas por la Ilustración y los aires de la libertad procedentes de la revolución francesa presagiaban conflictos en el horizonte. Al relato de la identidad nacional de España la restaban aun largas travesías de desierto y experiencias trágicas. Los siglos XIX y XX acumulan una serie de episodios de su historia que lo atestiguan. Supresión de órdenes religiosas y desamortización de bienes eclesiásticos. Aunque la misma constitución liberal de Cádiz mantuvo al catolicismo como única religión del estado, la identidad religión-nación tiende a disolverse. Al compás de la pugna entre liberales laicistas y conservadores clericales la identidad religión-nación, Iglesia-Estado, abunda en conflictos. La tolerancia y la libertad de creencias se abre camino. El triunfo del liberalismo laicista en el segundo cuarto de siglo XIX

intensifica el proceso con la secularización de bienes eclesiásticos. A partir de 1860 la *Institución Libre de Enseñanza* genera una potente tendencia de pensamiento laico¹⁷. No obstante la constitución de 1876 mantiene al catolicismo como religión de estado y persiste el *derecho de patronado* (*nombramiento de obispos*). Paradójicamente mientras el liberalismo laicista del siglo XIX pugna por desmontar la identidad religión-nación en el estado español, aquella identidad reaparece con intensidad en las conciencias nacionales de Vascos y Catalanes. El liberalismo laicante debilita la identidad del estado mientras que la religiosidad alimenta los nacionalismos regionales. Ya entrado el siglo XX la lógica de la identidad religión-nación pierde en España su fuerza ante el triunfo de ideologías laizantes o ateas. La republica proclama la separación Iglesia-Estado (1931) y el Presidente Azaña puede declarar que España como nación “había dejado de ser católica”. Quizás el trauma y el alcance de tal cambio de identidad no se manifieste de forma tan trágica como en nuestra guerra civil. El triunfo de Franco restauró la simbiosis dando lugar a las décadas de *nacionalcatolicismo*. La tragedia de las dos Españas tiene y tuvo múltiples perspectivas de interpretación. Nuestros historiadores han abundado en fecundidad al respecto. Pero en ningún caso podrá abandonarse en la cuneta de nuestro relato el componente religioso de nuestra guerra civil. La instauración de la

democracia consagra, por el contrario, el estado aconfesional¹⁸.

6.- EROSIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA IDENTIDAD RELIGIÓN-NACIÓN.

Si aceptamos los tópicos de la marejada postmoderna y las actas que los sociólogos levantan sobre nuestra situación cultural, la relación religión-nación está siendo erosionada por la democracia y el pluralismo. ¿Tiene hoy validez el cliché tan generalizado allende los Pirineos, *es español luego es católico*? Pregunta que afecta también a sus homólogos *¿es usted prusiano, luego protestante, inglés luego anglicano* o incluso *es usted ruso, luego ortodoxo*? La erosionada hoy en día identidad religión-nación parece tener claves para muchas respuestas a los conflictos de nuestro tiempo.

El fenómeno contemporáneo de la secularización y del laicismo, tanto en su versión filosófica como sociocultural y económica sitúa el problema de la identidad de las personas y de las instituciones en un nuevo horizonte¹⁹. En ese caso, la pregunta por la identidad religión-nación pierde contexto. La ciudadanía hoy en día asocia la religión a formas arcaizantes de organización social y de vida cultural²⁰. Pero secularizar significa no solo expropiar unos bienes a quienes los poseen y

¹⁷ Una síntesis de este agitado periodo de la historia de España en PALACIOS BANUELOS, L., *España, del liberalismo a la democracia 1808-2004* (Madrid, Dilex, 2004). Y por lo respecta a la Institución libre de Enseñanza, del mismo autor *el 98 de la educación. la Institución Libre de Enseñanza* en PORRO, Ma. J., (Coord.) *Otros '98: literatura y cine* (Córdoba, 2000) 27-45.

¹⁸ Es de notar que contrariamente a lo sucedido en Italia, Alemania o Austria en la España democrática no se llega a consolidar un partido confesional o democracia cristiana.

¹⁹ La laicidad del estado, concretada en la separación Iglesia-Estado, aparece como hermana inseparable de la democracia y del pluralismo. TOURAINE, A., *Un nuevo paradigma para conocer el mundo de hoy*. Trad. A. López (Barcelona, Paidós, 2005) 220 ss.

²⁰ TOURAINE, A., *Ibidem*, 222 ss.

que se subastan posteriormente a postores potenciales, como en nuestra conocida desamortización de Mendizabal. Culturalmente significa expropiar de ideas y valores a instancias sagradas que los poseyeran y con los que se definía la identidad de algo o de alguien para ser reasignados en propiedad a instancias intramundanas o seculares, que asumen aquellas funciones que otrora desempeñaron instancias sagradas²¹.

Hegel secularizó la idea de Dios en la idea de absoluto, Marx la de redención en la revolución del proletariado, Nietzsche la de providencia en el eterno retorno, dando origen a la proliferación de aquellas religiones-sucedáneo de nuestro tiempo, tan carentes de sacralidad como generadoras de identidades vinculadas a ídolos como el estado, la raza o el superhombre.

La laicidad del estado aconfesional descolocó jurídica y sociológicamente la identidad religión-nación, provocando un debilitamiento de la conciencia nacional proporcional al fortalecimiento que esta obtuvo en las etapas de confesionalismo. La función de legitimación y soporte que recíprocamente se aportaron la nación y la religión desapareció. El laicismo debilitó la identidad nacional por pérdida de soportes como la tradición o la moral. La

separación contemporánea entre religión y estado, canonizada por el Vaticano II y exigida por el pluralismo religioso, amén de la libertad de conciencia, disoció la política y la religión. Aunque después de la segunda guerra mundial abundaron los partidos confesionales, estos debilitaron sus vínculos con la religión en los finales de la centuria. Aunque es de reconocer, sin embargo, que el sentimiento religioso se camufló de forma eficaz en nacionalismos regionales como los que entre nosotros tienen lugar en el País Vasco o en Cataluña. Montserrat y Aranzazu continúan alimentando sentimiento nacional. Incluso la religión se mantiene como seña de identidad de minorías no asimiladas como las gitanas o colectivos de emigrantes (musulmanes, rumanos). La emotividad neorromántica reaparece con amplio componente religioso en nuevas identidades nacionales tendentes a autoafirmarse como nación-estado.

Los politólogos suelen distinguir varias fases en la génesis de la Europa moderna y contemporánea: *Europa de los estados*, *Europa de los imperios*, *Europa de las naciones* y *Europa de los ciudadanos*. Según que las naciones europeas se constituyesen en estados o expandieran su poder en imperios coloniales o en estados supranacionales como el imperio austro-húngaro, la Rusia zarista o la Europa de nuestros días, tendente a una ciudadanía común. Europa hoy aparece como un macroestado sin nación y con identidad débil. La mundialización, las rupturas sociales y el declive del estado nacional implican procesos destructivos de identidad personal y colectiva desplazando a los viejos ideales románticos. ¿Quién desea morir hoy por la patria? El multiculturalismo encauza una nueva ciuda-

²¹ Sobre un concepto de secularización no reducido a sus dimensiones económicas o sociales ver GÓMEZ-HERAS, J. Ma. Ga., *Religión y modernidad. La crisis del individualismo religioso de Lutero a Nietzsche* (Córdoba, Cajasur, 1986 pp. 20 ss., y *Un paseo por el laberinto. Sobre política y religión en el diálogo entre civilizaciones* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2008) pp. 35 ss. Puede verse una documentada puesta al día del tema en perspectiva sociológica en FERNÁNDEZ DEL RIESGO, M., *¿Secularismo o secularidad? El conflicto entre el poder político y el poder religioso* (Madrid, Ed. PPC, 2010) .

danía hecha de idiomas compartidos, homogeneidad de costumbres, alumnos Erasmus o matrimonios internacionales que diluyen fronteras geográficas y religiosas. En esta sociedad la diversidad y sus valores sustituyen a la identidad y los suyos²².

Max Weber no solo sancionó con su conocida fórmula del *politeísmo axiológico* el hecho del pluralismo cultural e ideológico de las sociedades contemporáneas. Leyó en profundidad como pocos lo que implicaba la proclamación kantiana de la conciencia, de su autonomía y de su libertad, como demiurgo de la modernidad ilustrada. Y una de sus consecuencias inevitables era que la religión trasladara sus reales desde las instituciones a los individuos, de modo que la pregunta por la identidad se situara no en los colectivos sino en las personas. No otra cosa significó aquel célebre binomio weberiano *ética de convicciones-ética de responsabilidades*, decisión por medio en rol de protagonista, en la que la religión persiste como seña de identidad no de los sociedades plurales sino de las personas coherentes. Las creencias y los valores que la religión encarna se trasladan al ámbito de la conciencia y decisión personales, dejando para los políticos el campo axiológicamente neutral del que levanta acta la sociología científica, que por serlo, no obstaculiza que la identidad del creyente testimonie en la vida social la simbiosis que practica entre religión, política y valores. Mucho de ello se deja entrever en el por unos denostado y por otros ensalzado *comunita-*

rismo floreciente en los EE UU de América.

La finta weberiana hacia una subjetividad protagonizando la vida en decisiones –racionales en todo caso– anticipaba la situación de la aldea global traída por el internacionalismo cosmopolita. Quizá no le faltara razón a Marx cuando proclamaba que las ideologías reflejan en función de superestructuras la realidad sociológica. Caso de que tal tesis sea correcta, nuestras sociedades se han tornado incapaces de una identidad que las cohesione porque son sociedades disolventes de identidad por fenómenos como las migraciones, la interculturalidad o la información. Estamos ante la hegemonía de la aldea global. En esta el estilo de vida pierde rasgos identitario ante los fenómenos de mundialización²³. Pero el componente psicológico del nacionalismo religioso no se resigna, sin embargo, a desaparecer en la sociedad desacralizada. Su carga emotiva reaparece bajo vestimenta secular en las competiciones deportivas o concursos festivaleros hodiernos entre naciones y tribus urbanas, asumiendo formas de cuasi-religión sucedáneo, con sus ritos, santorales y celebraciones, generando una conciencia sociológica de identidad nacional tan superficial como falaz.

De reconocer validez hermenéutica a la doctrina ricoeuriana de la *identidad narrativa*, es de reconocer que el relato de España está cuajado de episodios que atestiguan la simbiosis religión-nación. De aceptar el *yo soy lo que te cuento*, la narración sobre España nos atestigua una

²² TOURAINE, A., *o. c.*, pp. 33 ss., 49 ss. Y SARTORI, G., *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros* (Madrid, Taurus, 2001).

²³ Dos ejemplos cotidianos de globalización desidentitaria: la moda transnacional (Zara) y la pizza que ha perdido su identidad italiana transformándose en comida internacional.

magna creatividad religioso-nacional de cultura, poder y acción y también abundancia de divorcios conflictivos. En cualquier caso, intensa presencia de la religión en el acontecer nacional. No nos atreveríamos a sostener, en ese caso, que la identidad religión-nación expresa la esencia inmutable de España. Pero podríamos mantener que ciertamente pertenece a su *identidad narrativa*. Relato unas veces de maridaje fecundo y otras de relación conflictiva. En todo caso relato con el que se autentifica ante sí misma o se presenta ante los demás mediante enredos y tramas, símbolos y mitos. Construyéndose a sí misma en un acontecer que es su tiempo convertido en su historia.

Pero además de la devaluación de la idea de nación a cargo del internacionalismo y cosmopolitismo actuales, la cuestión de la identidad de individuos e instituciones se ha visto aquejada de crisis a causa del clima postmoderno. De aceptar el dogma postmoderno de que *no existe verdad sino solamente interpretaciones*²⁴, una de ellas, de noble pedigrí y larga historia sería la que vincula la religión y la identidad nacional de España. La crisis de la verdad a cargo del triunfo de las interpretaciones empujan la pregunta por la identidad en la pendiente resbaladiza que podría desembocar en retórica. Los grandes relatos que disertaban sobre el sentido de la narración y los fines de la aventura humana se diluyen en la fragilidad del *pensiero debole*. La vieja sustancia de la identidad consigo mismo que exigía la metafísica aristotélica se extingue en un clima postmoderno en

el que calleja el ciudadano estándar sin identidad. No me preguntes quien soy, diría este, porque no lo sé. El individuo estándar anónimo de nuestra sociedad huye hacia la superficie de sí mismo. El desfondamiento personal experimenta la vida como episodio pasajero en la que *solamente soy lo superficialmente vivido*. Soy lo que aparento, podría decir, carezco de identidad. El mundo se torna de nuevo gran teatro en el que triunfa el espectáculo, se banaliza la vida mientras Internet encauza la soledad acompañada²⁵. En la sociedad desarraigada las manifestaciones de identidad en la familia, en las tradiciones y en los valores desaparecen bajo presión de un mundo donde se diluye el sí mismo.

Resta finalmente una respuesta fenomenológica, tan portadora de consuelo para unos como de insuficiencia para otros. Lo que K. Rahner llamaba *cristianismo anónimo* como resto valioso de identidad. La religiosidad persiste como dimensión de la conciencia nacional más en forma de componente emotivista y sociológico de la misma. Un mundo implícito de vivencias, creencias y valores, previo a ideologías y ordenamientos jurídicos, que subyace a decisiones personales y programas políticos en un estado declarado aconfesional. Mucho de ese concepto cristiano de identidad ha quedado codificado en las sucesivas formulaciones de los *Derechos humanos*, soporte ideológico de las naciones democráticas. Los teóricos de Europa al diseñar su constitución, menospreciaron este sedimento religioso operante anónimamente

²⁴ Es dogma proclamado a los cuatro vientos por G. Vattimo. Y es lógico. Anulada la sustancia de las cosas, el hombre actual como recalcitrante sofista, solamente opera con interpretaciones. Ver LYOTARD, J. F., *la condición postmoderna* (Madrid, Cátedra, 2000) 9 ss.

²⁵ Ver FINKIELKRAUT, A., *La derrota del pensamiento* (Barcelona, Anagrama, 1988) passim y LIPOVETSKI, G., *Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (Barcelona, Anagrama, 1996).

bajo forma del husserliano *mundo vivido* en nuestra ciudadanía y que en rol de *background* inexplicito configura creencias y prioriza valores, actuando como presupuesto no tematizado de juicios, decisiones y conductas²⁶. Sobre este precategorial *mundo vivido* husserliano, dado con antelación a su objetivación en conceptos, valores y normas, resta mucho por explorar. Pero se encuentra entre nosotros emplazando a rendir ciencia sobre el mismo. A ser investigado con método menos onírico al que utilizó Freud para explorar el subconsciente. En cualquier caso, psicólogos y sociólogos disponen de tarea para concretar que resta de la identidad religión-nación o si se prefiere, religión-sociedad en la España actual.

²⁶ Cf. GÓMEZ-HERAS, J. Ma. Ga., *Ética y hermenéutica. Ensayo sobre la construcción moral del "mundo de la vida" cotidiana* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2000) 69-151.